

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



HERNAN CORTÉS.

Hernán Cortés es sin duda uno de los hombres mas extraordinarios que han existido. Otros con grandes medios han logrado hacer grandes cosas; pero él con escasos recursos ha ejecutado hazañas á que ninguna otra puede compararse. Es uno de aquellos héroes que á ser su existencia mas remota, á no constar sus hechos de una manera tan auténtica, se tendria por fabuloso; y los que en la edad media soltaban la rienda á su imaginacion pintando en sus novelas caballerescas famosos paladines que solos ó acompañados de un corto número de aventureros, conquistaban en breve tiempo dilatados imperios, estaban muy lejos de creer que lo que entonces soñaban se habia de realizar un dia; y que los mágicos efectos que atribuían á talismanes y armas encantadas, se verificarían sin otro hechizo que el poder del genio y la energia de un carácter firme.

Nació este grande hombre en Medellín, año de 1485. Era su familia noble, pero de escasa fortuna; y á fin de que esta no le faltase en lo sucesivo, enviáronle sus padres á Salamanca con ánimo de que siguiera la carrera de leyes. Mas no era esa su vocacion; y así es que en breve dejó los estudios y se volvió á Medellín donde solo pensó en cacerías y ejercicios militares. Era tal su afición á la carrera de las armas, y tan disipada vida estaba haciendo, que su padre tuvo por bien mandarle en

clase de voluntario á alguno de los ejércitos españoles, donde pudiese adquirir prez y fortuna. Dos eran entonces los teatros en qué brillaba el valor de la juventud castellana: Italia y América. Cortés eligió el primero; pero una enfermedad le detuvo cuando estaba para embarcarse, y este contratiempo le hizo volver sus miras á América donde esperaba ser protegido por Ovando, pariente suyo, y gobernador á la sazón de la isla Española. No le engañaron sus esperanzas; empleóse en varias comisiones honrosas y lucrativas; y habiendo acompañado á Diego Velazquez en su expedicion á la isla de Cuba se distinguió de tal suerte, que obtuvo en aquella colonia cuantiosos terrenos. Mas no bastaba esto á su ambicion y osadia: deseaba hallar ocasion en que su gran capacidad brillase de un modo digno de ella, y no tardó en presentársele. Hábiase descubierto por Grijalva el vasto imperio mejicano, y la fama de sus riquezas era un poderoso incentivo á la ambicion de aquellos conquistadores que por ningun peligro se arredraban. Ansioso Velazquez de apoderarse de tan rica presa, preparó una expedicion que podia llamarse poderosa en aquellos países donde cien hombres reunidos se consideraban ya como un formidable ejército. Velazquez, sin embargo, no era capaz de dirigir por sí mismo la empresa; y necesitaba poner al frente de ella un caudillo; pero un caudillo tal

que sin dejar de tener todas las eminentes prendas que para el caso se requerían, permaneciese bajo su dependencia, sin inspirarle recelos. Problema era este difícil de resolver; y así es que después de muchas vacilaciones, fue á elegir para daño suyo y bien de España, al que si bien era el mas á propósito para la empresa, se hallaba muy distante de tener la docilidad que tanto apetecía. Cortés, sobre quien recayó su elección, no podía convertirse en mero instrumento de un hombre como Velazquez; conociólo este muy luego; y quiso quitarle el mando de la expedición; pero ya no era tiempo; y se las habia con un contrario astuto y activo. Cortés avisó los preparativos; se burló del Gobernador, y dió á la vela para el país que habia de ser teatro de sus glorias.

Hallábase entonces Cortés en lo mejor de su edad; el ardor de la juventud se habia calmado y convertídose en una actividad incansable; la impetuosidad de su carácter, refrenada por la disciplina, no era ya mas que la noble franqueza de un soldado; y estas prendas iban acompañadas de suma prudencia en los proyectos, energía en la ejecución, y de aquel irresistible ascendiente que gana los corazones y se enseñoorea de los ánimos. Por último, reunia á todos estos dones los de la naturaleza que seducen á la multitud y le imponen respeto; como son bella presencia, destreza en todos los ejercicios militares, y constitucion robusta capaz de resistir las mayores fatigas.

El país que iba á conquistar no se hallaba ocupado por tribus salvajes y diseminadas como las que hasta entonces se habian encontrado en las islas. Dominaba en él un pueblo guerrero y bantante civilizado, formando un vasto imperio sujeto á un soberano despótico y omnipotente. Era preciso vencer numerosos ejércitos y rendir ciudades populosas capaces de hacer una tenaz y heroica resistencia.

Para tamaña empresa sólo tenia Cortés 617 hombres, de los cuales 508 eran soldados y los demas obreros ó marineros. De aquellos solo trece llevaban mosquetes y treinta y dos arcabuces, armas de fuego muy imperfectas; los caballos eran solo diez y seis, y ademas diez pequeñas piezas de artillería. Con tan escasos medios emprendia la conquista de un país mas estenso que cuantos dominios reunian entonces los monarcas de España. Asi es que apenas desembarcó, las dificultades se aglomeraron, y hubieran bastado para arredrar á un ánimo menos fuerte que el suyo. Dióle aliento, sin embargo, la idea de la gloria con que se iba á cubrir su nombre; pero como sus compañeros eran guiados mas bien que por tan noble sentimiento, por la perspectiva de inmensas riquezas, era de temer que decayesen de ánimo luego que viesan que la fatiga y los peligros escedian con mucho á la recompensa que esperaban. Necesitaba, pues, infundirles su aliento y ponerlos en situación en que no tuviesen mas alternativa que el vencimiento ó la muerte. En tal estado concibió uno de aquellos proyectos grandes y atrevidos de que hay pocos ejemplos en la historia, y que solo ocurren á hombres de un temple privilegiado como el suyo. Destruyó las naves que le habian llevado á aquellas regiones desconocidas; y con este rasgo de heroísmo quitó á sus compañeros toda esperanza de retroceder, así como probó á los mejicanos su firme resolución de permanecer en el país á pesar de los esfuerzos que hacian para estorbarlo.

Con efecto, Motezuma, que era á la sazón el emperador reinante, aterrado con la repentina aparición de estos nuevos huéspedes, y creyendo ver en ellos los destructores de su imperio anunciados por antiguas predicciones, envió repetidas embajadas á Cortés, acompaña-

das de ricos presentes, mandándole que se embarcase y dejase sus dominios.

Negóse el caudillo español á cumplir este precepto, anunciando su firme propósito de penetrar hasta la capital de la monarquía; y aunque los indios se asombraban de tanta osadía, la destruccion de las naves no les dejó ya duda alguna de que llevaria á cabo sus intentos. Desde entonces pensaron en destruir al enemigo que no podian alejar.

Consiguíralo sin duda Motezuma, si juntando los numerosos ejércitos de que podia disponer, hubiera caído de repente sobre la pequeña hueste de españoles; pero no tuvo resolución para tanto, y dió tiempo á que Cortés, reconociendo el verdadero estado del imperio, echase mano de las artes de la política para conseguir lo que solo no hubiera podido la fuerza de las armas.

Formábase aquella vasta monarquía de un agregado de varias naciones diferentes, poco tiempo antes conquistadas, y por consiguiente todavia enemigas del pueblo que los habia impuesto el yugo, y sobre todo de Motezuma que era un tirano cruel é implacable. Conociólo Cortés, y aprovechándose de tan feliz circunstancia, logró formar varias alianzas con pueblos que le fueron muy útiles auxiliares, así para aumentar su pequeño ejército con numerosos soldados, como para obtener socorros de toda especie sin los cuales no hubiera podido llevar á cabo la conquista. Entré estos pueblos, fue el principal el de los Tlascaltecas, especie de república enemiga de Méjico, aunque recientemente subyugado por ella, y por la cual debian los españoles pasar para llegar á aquella capital. No se presentaron sin embargo los Tlascaltecas tan amigos en un principio, que no fuese preciso combatirlos; pero vencidos en tres batallas, hicieron alianza con Cortés y fueron en adelante sus mas fieles y poderosos auxiliares.

Superado este primer obstáculo, pasó Cortés á Cholula, pueblo ya de la inmediata dependencia de Motezuma. Allí fue recibido con las mayores muestras de veneracion y aprecio; pero los agasajos que se le hicieron eran obra de la mas alevosa perfidia; pues ocultaban una vasta conspiracion tramada de orden del emperador, para acabar de un solo golpe con los españoles. Descubrióla Cortés; y después de haber hecho en la ciudad un ejemplar castigo, prosiguió su marcha hácia Méjico, adonde llegó por fin y fue recibido con grande aparato por Motezuma.

No es propio de un artículo como este el entrar en el pormenor de todos los diferentes acontecimientos que ocurrieron en tan famosa empresa hasta la completa rendicion de la capital y del imperio á las armas españolas. Diremos solo, contrayéndonos á los hechos de mas bulto, que conociendo Cortés, al cabo de algunos meses de estar dentro de aquella ciudad, la necesidad de dar un golpe contundente que aterrorizase á los mejicanos, haciéndolos ver de lo que era capaz, ejecutó un rasgo de audacia único en la historia y que debe considerarse como el último punto á que puede llegar el arrojo de los hombres. Presentóse á Motezuma, y en medio de su corte le mandó que se diese á prision y le siguiera á sus cuarteles. El infeliz monarca quiso resistirse en vano; tuvo al fin que ceder, y todo su pueblo le vió atónito y mudo de asombro rendirse á unos extranjeros que, cercados de una poblacion numerosa y guerrera, aislados de todo el mundo y sin esperanza de auxilio alguno, debieron pagar con su esterminio tan inaudita osadía. Tan cierto es que en ciertos casos, es prudente y acertado, lo que en circunstancias ordinarias se miraria solo como un rasgo de locura.

La posicion crítica en que Cortés se hallaba después de este acontecimiento, se hizo mayor con otro que amenazaba quitarle todo el fruto de sus trabajos y fatigas.

Un nuevo armamento de Velazquez, mayor que el primero, arribó á las costas de Méjico, á las órdenes de Panfilo de Narvaez, encargado de arrestar á Cortés, de enviarlo preso á Santiago de Cuba, y de ponerse al frente de toda la expedición. Súpolo este, y debió á su actividad no solo el salir airoso de tan grande apuro, sino tambien aumentar sus fuerzas con las que estaban destinadas á destruirle. Sale de Méjico con una parte de sus tropas, ataca de noche á las de Narvaez, las vence, hiere y aprisiona á su rival, y uniéndose á él los soldados de este, vuelve con nuevos refuerzos á la capital del imperio donde le esperaban terribles peligros y desgracias.

Su ausencia habia sido funesta á su causa. La imprudencia de los que quedaron en Méjico custodiando al emperador, habia exasperado á los habitantes, que corriendo á las armas, acometieron furiosos y en número inmenso á los españoles, con resolucion de rescatar á su monarca y de esterminar á aquellos osados extranjeros. Libraronse sangrientos combates en que todo el valor y superioridad en los castellanos no pudo ahuyentar aquella rabiosa multitud, que á pesar de sus pérdidas volvía con mas furor al asalto. Apurado Cortés, hizo que Motezuma, adornado con todas sus insignias reales, saliese al balcon para calmar á sus vasallos; pero la vista de aquel monarca temido, á cuya presencia solían todos abatir la frente, no hizo entonces mas que acrecentar la ira de los sitiadores; y lanzando en medio de horribles gritos multitud de flechas y de piedras, una de estas dió al monarca en la sien y le causó una profunda herida de la que espiró á poco tiempo.

La muerte de Motezuma fue seguida de nuevos y mas encarnizados combates; y no pudiendo ya Cortés sostenerse dentro de la ciudad, principalmente por la falta de víveres, resolvió retirarse verificando esta operacion de noche. Pero colocada Méjico en el centro de una laguna, era preciso verificar la retirada por estensas calzadas que los enemigos podian cortar muy facilmente interceptando el paso. Así lo hicieron con efecto, y cubrieron ademas las aguas de un número inmenso de canoas cargadas de guerreros que por todas partes acometieron con impetu extraordinario á los fugitivos. Pudo al fin el valor y el esfuerzo de estos vencer todos los obstáculos, y llegaron á la orilla; pero llegaron con una pérdida inmensa que redujo su número á más de la mitad y les privó de su artillería y de casi todos sus caballos. Acosados por los vencedores, se dirigian hácia el país de los Tlascaltecas; cuando al llegar al valle de Otumba, se encuentran rodeados por un ejército de mas de cien mil hombres, que se avanzaba orgulloso, seguro ya de acabar con ellos. Era preciso perecer ó deber la victoria á un grande esfuerzo de heroismo. Reune Cortés su pequeña hueste; acomete á los enemigos; pero cansado de matar, se acercaba ya el momento en que su esfuerzo iba á sucumbir bajo el número, cuando ve tremolar el estandarte del imperio rodeado de los mas famosos guerreros mejicanos. Al punto se dirige con los suyos hácia aquella enseña, y se apodera de ella matando al general que la llevaba. Así que los indios vieron en poder de sus enemigos el estandarte de cuya conservacion dependia la victoria, huyeron despavoridos por todos lados, y persiguiéndolos los españoles, hicieron en ellos una gran carnicería.

Este notable triunfo restableció el crédito de Cortés en el país, reuniéronse otra vez los pueblos aliados que se le habian separado; y habiendo recibido algunos socorros de Europa, resolvió emprender el sitio de la capital.

Las dificultades de esta empresa parecían insuperables.

Lo primero que necesitaba Cortés eran buques con que hacerse dueño del lago de Méjico: en pocos meses tuvo construida una escuadra de doce bergantines, que lanzados al agua le permitieron emprender formalmente las operaciones del sitio. Fue este largo y penoso. Los mejicanos acudillados por su nuevo rey Guatimocin, príncipe de gran valor y de eminentes prendas militares, hicieron una defensa heroica, pero la constancia de Cortés y de sus compañeros, su gran pericia y esfuerzo vencieron todos los obstáculos, rindióse la capital, cayó prisionero Guatimocin, y en seguida siguieron la suerte de aquella todas las provincias que dependían de ella. Así quedó sujeta á la corona de Castilla una vasta y rica monarquía.

Cortés á quien se le debía tan grande hazaña, experimentó la ingratitud que en general fue la suerte de los conquistadores del nuevo mundo. Un título de Marqués fue el premio de sus servicios, pero se le quitó el gobierno de un imperio que se debía á su valor y pericia. El emperador Carlos V, aunque al principio le trató con distincion, dió por fin oídos á las sugestiones de la envidia, y acabó por no mostrarle mas que frialdad é indiferencia. Cortés terminó su vida reducido á la suerte de pretendiente; y en la indignacion que le causaba tan no debida conducta por parte de su soberano, le dijo un dia presentándose á él á pesar suyo: «aquí teneis al que os ha conquistado mas reinos que los que heredasteis de vuestros mayores.» Así era con efecto; y la posteridad admiradora de sus proezas, le coloca á la par de los mas célebres guerreros. Ninguno es mayor que él si se atiende á los medios que tuvo y á los resultados que produjo; y de todas las empresas modernas, la suya es tal vez la que prestándose mas á la grandiosidad de la epopeya, merecería sobre todas encontrar un Homero.

HISTORIA NATURAL.

SINGULARIDADES DE LOS ANIMALES.

Amistad.

Pocos viajeros habrá que no hayan admirado el delicioso pasaje que rodea á las dos orillas del Saona, desde Toissey hasta Lyon. Un viajero se explica en estos términos hablando de aquel sitio. «He vivido un verano entero en una de aquellas hermosas casas de campo, edificadas en lo bajo de aquellas risueñas faldas, cubiertas de viñedos cerca de la torre de la bella Alemanda, torre misteriosa, célebre en las crónicas del país por las historias románticas que de ella se refieren, y por su conexión maravillosa con el supulero de dos amantes y el hombre de la roca. Una golondrina habia venido á construir su nido bajo un sobradillo exactamente sobre mi puerta, y yo me divertía en observar diariamente los rápidos progresos de su trabajo. Construir el nido con tierra desleída en agua, adornarle con yerbas secas y crines, colocar en medio un lecho mullido de plumas y de plumion, fue todo obra de cinco ó á lo mas seis días, porque el macho y la hembra trabajaban con empeño en preparar aquella cuna de sus mas dulces esperanzas. Una mañana oí á mis dos golondrinas que daban gritos de alicion y las ví revolotear al derredor del nido con notable inquietud. No tardé en averiguar la causa. Un pájaro atrevido habia tenido por mas cómodo apoderarse del blando nido

de mis dos obreras que construir uno para él. Había pues aguardado el momento favorable de su ausencia para instalarse en el nido, y con el cuerpo resguardado, y no presentando á la entrada del nido sino sus ojos insolentes y su pico fuerte y puntiagudo, tenía traza de mostrarse desapiadamente del dolor de las dos pobres golondrinas. Cuantas veces querían acercarse á la entrada de él, sin duda para echarle en cara su injusticia, correspondía el ladrón á sus quejas con fuertes picotazos, y según el modo con que se contoneaba y se ponía á su gusto desparramando las plumas del nido, pudiera decirse que su intención era la de burlarse de sus víctimas. La contienda duró casi tres cuartos de hora, y las golondrinas abandonaron al ladrón y se elevaron hasta perderse de vista dando un chillido agudo y muy particular. Todas las golondrinas que revoloteaban por la aldea respondieron unánimemente á su grito y se lanzaron al aire tras ellas. Algunos momentos después las ví cruzar cerca de las nubes dando el mismo grito, y aumentarse su número á cada segundo. Cuando la tropa fue ya numerosa se encaminaron á las orillas del Saona y desaparecieron de mi vista.

Entre tanto el usurpador gozaba del fruto de su rapiña, y daba á lo interior del nido una nueva forma á fin de colocar cómodamente á su hembra que había venido á reunirsele. Poco mas de media hora gastó en tan grato pasatiempo; pero pronto hubo de cambiar de tono. He aquí mis dos golondrinas que vuelven á rápido vuelo, y no solas, sino seguidas á lo que creo, de otras cuatrocientas á quinientas, es decir, de todas las que había en aquella comarca. El ladrón no se intimidó por el número; retiró á su esposa al fondo del nido, y presentó á la entrada de él su cabeza pardinegra y un pico entreabierto y amenazador; preparado á rechazar á los sitiadores. Estimulábame la curiosidad de ver cómo concluiría el lance, pero estaba muy ageno de prever su éxito. Dos ó tres golondrinas tenían al ladrón en continua alarma, obligándole á levantar siempre la cabeza y defenderse hácia lo alto del nido. Durante esta maniobra las demás golondrinas venían una á una á agarrarse bajo del nido, donde permanecían uno ó dos segundos cada una, y luego partían con toda la velocidad de sus alas. Al pronto no comprendí lo que hacían; pero me lo dió en breve á entender la entrada del nido que se achicaba gradualmente. Cada una traía el pico lleno de argamasa de tierra y trabajaba á su vez en tapiar la entrada del nido.

Ostigado sin descanso el ladrón, y ocupado en defenderse no recelando el proyecto las dejaba obrar, y cuando advirtió que se le quería encerrar ya no fue tiempo de impedirlo. La abertura había quedado muy estrecha, diez ó doce golondrinas se arrojaron á una, la taparon de improviso y el pajarito quedó prisionero. Después de haber tabicado sólidamente la puerta, desaparecieron todas y nada mas ví ni oí. Ala mañana siguiente viendo que el agujero permanecía cerrado, tomé una escalera, deslice el nido y encontré dentro al ladrón y su hembra alojados y muertos hacia ya tiempo.»

En Alemania entró una golondrina por equivocación en una gran sala de audiencia á la sazón desierta. Sobrevino un portero, cerró las ventanas y puertas de la estancia, y el pobre pájaro quedó preso. Un mes después volvió el mismo portero á la sala donde nadie había entrado mas que él, y quedó asombrado de hallar á una golondrina, viva y sana, sin poder adivinar donde podía haber encontrado de comer. Naturalmente observador aquel hombre, volvió á cerrar la puerta, y oculto en un rincón oscuro de la sala se puso en acecho, teniendo la

suficiente paciencia para aguardar el momento de satisfacer su curiosidad.

La prisionera se fijó en la ventana contra el ángulo de una vidriera en que había una rendija, por la que apenas podía pasar el pico, y las golondrinas de fuera iban llegando cada una por su turno á llevarle el alimento como lo hacen con sus polluelos, y esto repetidas veces al día.



Los paros de cola larga (*Parus caudatus*. Cuv.) son unos pajaritos muy notables por el afecto que recíprocamente se tienen y que llega hasta los sacrificios mas generosos. Los paros tienen el pico menudo, corto, cónico, recto, liso, comprimido y cortante; terminando en punta y guarnecido en su base de pelillos que cubren las ventanas de la nariz: son muy vivos, saltando sin cesar de rama en rama y colgándose de ellas en todas direcciones. Se alojan en los troncos de los árboles, ó se construyen artísticamente un nido entrelazado en las ramas de los juncos. Empollan muchos huevos á la vez, se alimentan de insectos, frutas, granos que quebrantan con el pico, bastante fuerte para cascar nueces y almendras y nutrirse con lo que encierran. Los paros de cola larga son negros por encima y blancos por debajo, y su cola es estrecha y mas larga que el cuerpo. Viven y viajan en cuadrillas que rara vez se componen de menos de doce, y nunca pasan de veinte y cinco á treinta.

Si alguno de ellos se encuentra en peligro llama en su auxilio á sus compañeros, que se arrojan todos á socorrerle sin reparar en el peligro que les amenaza. Si se trata de una ave de rapiña, la rodean todos atrevidamente, la atacan por todos lados, la ostigan importunamente y la precisan á abandonar la presa que seguía, y á huir á todo vuelo. Si algun cazador coje á un paro y le mete en una jaula, los otros le llevan de comer y procuran por todos medios libertarle. Elijen para el efecto con mucha inteligencia aquella parte de la prision en que la madera tiene menos grueso, y á fuerza de sacar hastillas con su piquillo puntiagudo y duro, consiguen hacer una abertura por donde pueda pasar el prisionero. Cuando está libre dan todos á una un grito de alegría, y la cuadrilla gozosa deja aquel sitio para no volver mas á él.

Si un paro queda preso en un lazo por una pata, es inconcebible la destreza que tienen para desatar el nudo,

lo que siempre logran. Si se ata á uno por la pata con un bramante dándole cinco ó seis nudos apretados unos sobre otros, los deshace todos con una paciencia y destreza admirables. Los cazadores que saben el cariño que estas avecillas se profesan mutuamente, se aprovechan de él para cogerlas. Cuando han cojido á un paro le asen á un cordelillo que bañan en liga en toda su longitud: el paro grita, y viene al instante otro á libertarle, el cual queda también agarrado á la liga. Grita este, y sobreviene un tercero que cae igualmente prisionero, y despues el cuarto, el quinto, y así sucesivamente hasta que queda cautiva la familia en el funesto cordel.

LOS AFICIONADOS.

BOZETO DE UN CUADRO DE COSTUMBRES.

(Este artículo fue leído en el Liceo por su autor.)

Todo el día de hoy ando en busca del *Curioso Parlante*, y no he podido dar con él. Quiero pedirle un favor, ó mas bien hacerle un encargo; VV. que deben de conocerle, pues yo sé que él los conoce á VV. perfectamente, me harán la merced de contarle mi cuita, tal como aquí en breves razones voy á referirla.

Es el caso, amadísimo oyentes, que ayer, día de miércoles para toda la cristiandad, fue martes para mí solo: quiero decir que fue día aciago, infausto, y de mala ventura; porque salí de casa por la mañana, y así como suele acontecer topar uno tras cada esquina un jorobado, ó un noticiero, ó uno de estos que piden prestado hasta que se cobren los atrasos (que es letra pagadera en el Valle de Josafat) ó una pobre vergonzante, viuda de un coronel, ó en fin cualquiera otra alimaña molesta y entadosa, yo fui tropezando en toda mi triste carretera con una cáfila de *aficionados*, linage de gentes mucho mas perjudicial á la república que los gitanos y los eruditos á la violeta; mas digna del último suplicio que los malos traductores y los salteadores de caminos; hombres precitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás para echarlo á perder todo en este mundo miserable. Estos son, si señores, estos son los *aficionados*, que nada hacen por principios ni rectamente, y de todo pringan, y todo lo estropean, y todo lo profanan; estos son los que yo quiero recomendar á la pluma satírica del Sr. *Curioso*, para que así á su modo y con aquella agri-dulce gracia que Dios le dió, me los saque en su Panorama Matritense á la pública vergüenza.

Y porque vea él, y vean VV., y vea todo el mundo que no sin razón me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Salí, como digo, de mi casa para la de un D. Trifon Acebo de la Sierra, á quien desde Jaen me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo, y me encontré con un hombre de cuarenta años, despelluzado y sucio, vestida sobre una camisa no muy blanca una levitilla de cúbica no muy negra, pantalón naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profasos y no muy artísticos pliegues el lugar que deberían ocupar las medias, y dejando ver unos puntitos que empezaron á despellejarse el mismo día en que murió por primera vez el Sr. D. Fernando VII.—Anuncié mi embajada y de parte de quien venia, lo cual oido por D. Trifon, con entrambas manos

agarró la derecha mia, y sobandóme la, y estrujándome la, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos mas parecían forradas de lija, que de cutis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de adentro, diciendo que queria tratarme con franqueza: yo me dejé guiar, y fuimos por una escalera camivo de una buhardilla. Sabíamos un escalon, y subia un grado de Reaumur la temperatura: así llegamos á los 22 escalones, entre tanto que él me iba preparando para entrar en su taller; «porque ha de saber V. (añadió) que el haberme hallado así en este trage, y todo lleno de virutas, serrin, y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanistería.»—¡Afinado! dije para mí: Dios nos asista!—Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca-aba ó un cajon viejo de cigarrros me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me coleccionase con toda holgura y comecidad e hiciese cuenta que estaba en mi propia casa: ilusion imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias menos calurosas. Quise entonces hablar de mi asunto y despachar, pero D. Trifon me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. «Vea V., mi amigo (me decía), aquí estoy empleado ahora en hacer estos frioleros» y me enseñó un gran cajon de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provision de salvado para las gallinas, una percha, y un mango de martillo. «No es esto solo (añadió) aquí tiene V. una jaula, que por dejarla acabada el jueves no fui á la oficina, y es para el canario de mi mujer. ¿Qué le parece á V.?»—Perfectamente (dije yo); y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como también el sutil ingenio con que ha ocultado V. la portezuela por donde haya de entrar el pájaro de la Señora. —¡Qué dice V.! (esclamó) y acompañando este grito con una interjeccion muy de ebanista «soy un horrico (añadió) que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula.»—Con todo eso, (le dije yo) el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscabarle un olvido tan natural como lo fue el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de correos.—

Dióle consuelo la comparacion, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual habia puesto un pie de nogal pintado; un comedero de palomas en que habia transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté donde ó como habia aprendido el oficio.—«No le he aprendido (contestó); si es todo de pura afición.»—¿Y cuáles maderas prefiere V. entre las que produce España por sus calidades?—«De eso no estoy enterado (dijo), porque no me he dedicado á la farmacia.»—Y de los tornos modernos ¿cual es el que V. usa?—«El del tornero de la esquina (replicó) que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece.»—¿Y no le fatiga á V. tanto trabajo corporal?—«Yo le diré á V. (repuso), lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo, y escoplo, se lo dejo á un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas, el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme herido este dedo, y que tuvieron que hacerme la amputacion; pero lo que es manejar las barrenas, poner la cola, clavar los clavos etc. todo eso lo hago yo solo y de afición.»—Aquí suspendí mis preguntas escandalizado, y empeñando á mi D. Trifon en que hablásemos del objeto de la visita, le dejé á pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los pies en su taller.

Meditando por la calle sobre el tal *aficionado* no re-

paré en un conocido que se me puso delante, hasta que enlazándose el brazo con aire satisfecho. «Ven, Estudiante (me dijo), ven á mi casa, y verás que ganga he logrado anoche: ya sabes que soy aficionado á la pintura.»—Cero y van dos (murmuré entre dientes) y me dejé arrastrar por el nuevo tontillo-loco.—«Ochocientos reales en una prendería del Rastro! exclamaba quitando el polvo á un lienzo todo roído de ratones; mira, mira que alhaja! un retrato de Carlos IV original de Juan de Juanes.—¿Qué estás diciendo, hombre? interrumpí, no ves que ese es un horroroso anacronismo? Si Juan de Juanes murió muchos años antes que naciese S. M.—«Ahora me haces caer en ello, contestó él imperturbable, pero será de algún discípulo suyo, porque á tiro de cañon se echa de ver que es de escuela flamenca.»—Ya escampa, dije para mi capote, este menguado no tiene cura.—En seguida descubrió su caballete, preguntando si para ser de mano de aficionado había visto cosa mejor que aquella vista de la Suiza.—Del arte no entiendo, pero si creo que no hace muy buen papel el mar en un pais de Suiza.—«Es para mayor adorno, contestó.»—Y aquellas cabras, añadió, ¿no son un poco grandes en comparacion de los árboles inmediatos?—«No son cabras, dijo, es una vacada.»—En oyendo esto saqué el reloj, y sin mirar siquiera la hora que apuntaba dije que era tardísimo para mis quehaceres. Despedíme; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la marquesita de... en fin, de una marquesita.

Y luego extrañarán VV. mis lamentos!—¿Quien me querrá creer que allí tambien me esperaban, no uno sino ocho ó diez (¡Dios los confunda!) aficionados? Estos lo eran á la música, y tenían cercado el piano y todo inundado de papeles, libretos, cuadernos, cajas, cuerdas é instrumentos. La marquesa me instó á que me sentase, y no bien lo había hecho, cuando el que estaba al piano rompió en tales y tan estrepitosos preludios, que hizo saltar tres cuerdas y desafinó mas de treinta: después de lo cual dieron principio á cantar un duo de bajos de Marino Faliero. Las voces eran broncas y destempladas, el estilo pésimo, la vocalización obscura, y pronunciaban mal el italiano, ninguno entraba á tiempo, y los dos salían por donde podían, los cuales defectos trataba de enmendar el acompañante haciendo grandes gestos y contorsiones, y marcando el compas sobre los pedales con los tacones de las botas. Acabaron con el duo y con nuestra paciencia, y yo me dí á desearles el trágico fin del veneciano Faliero. Pues no quedó aquí, sino que todavía me espetaron un cuarteto con obligado de flauta, que puso en vergonzosa fuga á todos los ratones del barrio, y unas variaciones de violin que me hicieron recordar los retortijones y calambres con que entra el cólera-morbo.

Harto de aficionados, lleno de bilis, irritado, sofocado, me marché de allí á un café por anegar mi mal humor en una buena limonada; y allí, señores, allí... junto á la mesa coja, la copilla de barro, el mozo sucio, el limon amargo y la cerbeza de Santa Bárbara... allí estaba esperándome como en acecho el peor, el mas cruel, el mas fiero de todos los aficionados... Un aficionado á la poesía.—«Amigo mio, me dijo ciñéndome con sus brazos como una fantasma de Walter Scott, quiero consultar con V. una composicion que pienso leer en el Liceo, si me admiten.»—Pues entonces, repliqué, no me prive V. del placer de la sorpresa.—«Es que quiero oír su voto de V.»—Es que V. no necesita de mi voto, y yo tengo hecho voto de cuando me piden tales votos, abstenerme siempre de votar.»—«Pero en fin, repuso él, es cosa corta.»—Y no hubo arbitrio: desarrolló su cartapacio y comenzó de esta suerte con tono sepulcral:

«EL INFIERNO.»

—Jesus! grité: ¡qué asunto tan horroroso! ¿No podríamos dejar ahora... Mas él no oía ya, ni veía, ni entendía; y siguió gritando y diciendo así:

¡Mansion horrorosa, de eterna fatiga,
de eterno martirio, de eterno tormento,
de pena terrible, de atroz sentimiento...!

¡Yo invoco tu nombre! ¡Oh horrible mansion!
Envidio tu fuego, tus ascuas ardientes,
tu pez, tu alcrebete, tus duras cadenas,
tus ayes, tus llantos, tus horribidas penas,
y de hondos ahullidos el áspero son.

«¿Qué tal? me dijo—Bravo! respondí, y él prosiguió:

En esa caldera de Pedro Botero
donde en plomo hirbiente cien mil seres bañas
y ves abrase sus tripas y entrañas,
de muy buena gana me bañara yo.

Que menos tormento sería á mi alma
que no el ver agena la mujer maldita
la infiel, la traidora, la puerca de Rita,
que antiyer me amaba, y ayer se casó.

—«Esto hará efecto», decía él—Y mucho, respondia yo.—Y él siguió de esta suerte, variando de metro:

Esa Rita

que yo viera
cuando era
colegial.

Y me hablaba

(¡cosa cierta!)
por la puerta
del corral.

Esa Rita,

que me amaba,
y juraba
eterna fé,

Se ha casado.

sin rebozo
con un mozo
de café.

—El mozo en esto hubo de creer que le llamaban, y se acercó: yo le pagué y me escurrí chiticallando, dejando absorto en su lectura á mi poeta, quien al salir yo comenzaba la serie de las indispensables quintillas con estas tres.

Que es infierno el padecer,
y el padecer es amar,
y entre amar y aborrecer
mil veces se suele ver
aborrecer y olvidar.

Por eso en el sentimiento
de mi amor horrible y tierno,
prefiero al padecimiento
de un instante de tormento
todo un siglo del infierno.

Por eso el infierno á mí
no me causa asombro, no;
que el que mas padece allí
no sufre estar aquí
amando como amo yo.

Ahora bien, señores: ¿no es verdad que no hay peor peste que la de estos hombres que nada estudian, que nada saben, que nada profesan, y que no pueden por lo tanto hacer cosa alguna á derechas? ¿Qué pena me-

recen estos pícaros de *aficionados* como ellos se llaman á sí mismos confundiendo la sencilla y loable *afición* á las artes, á las letras, á las ciencias, con la necia presunción de cultivarlas y poseerlas? Díganme VV. que pena merecen, y que me la impongan á mi luego, luego, por *aficionado*.... á escribir artículos de costumbres.

A. M. S.

DE LA INSTRUCCION PRIMARIA.

La instrucción es una deuda del estado para con el pueblo; pero esta deuda es de muy diferente naturaleza si se descende á los individuos. Para los unos cumple el estado con proporcionarles los medios de instruirse; para los otros es preciso que además les dé la instrucción que no podrían adquirir aun cuando tuviesen á su lado las mejores escuelas; es decir, que organizar escuelas y abrirlas á la clase menesterosa, son las dos obligaciones del estado ó del gobierno que lo representa.

Decimos abrirlas á la clase menesterosa, porque esta sola es á la que se debe proporcionar la educación gratuita: por lo demás, todo el que puede costear su instrucción debe pagarla; y es un principio falso, diremos mas, es un principio perjudicial, el que sostiene que la instrucción ha de darse á todos de valde. La instrucción es el alimento del alma, así como el pan es el alimento del cuerpo: respecto de ambos, la obligación del gobierno es una misma. El gobierno debe cuidar de que haya pan abundante y de excelente calidad, pero no está obligado á repartirlo gratuitamente: pensión es de los individuos el comprarlo y trabajar para tener con que comprarlo: pensión es suya también el pagar el alimento moral que necesitan. Únicamente cuando el individuo no puede, debe la sociedad acudir en uno y otro caso á su socorro y darle lo que no tiene ó no puede adquirir; pero si la limosna inconsiderada es un mal para la sociedad, porque cria holgazanes, la instrucción gratuita inconsiderada es también un mal, porque crea necesidades que no están en la esfera del individuo, ó que le sacan de la en que debiera quedarse.

Por esta razón la instrucción gratuita no debe pasar de aquella clase de instrucción que es indispensable á todos, que todos deben tener: es decir, la instrucción primaria. Las demás clases de instrucción que ya solo sirven para ciertas categorías ó determinadas carreras, deben costearse á sí propias, ó por lo menos, el estado debe franquearlas con mano mucho mas avara. La obligación del estado en este punto se puede representar por una pirámide cuya base disminuye á proporcion que se aumenta la altura.

Mas por lo mismo que la instrucción primaria es la mas necesaria, y de una necesidad general, debe ser la de que el gobierno cuide con mas especial esmero. No solamente sirve para procurar los medios de ejecutar una porción de cosas que sin ella no se ejecutarían, para aumentar la capacidad y el poder de cada individuo, y por consiguiente de la sociedad entera, sino, lo que es mas interesante para el legislador, sirve también para moralizar la misma sociedad, y disminuir los delitos; porque á un tiempo suministra al hombre mas recursos y mas ocasiones de ocuparse, y le abre los ojos sobre la fealdad de los delitos. Con efecto, se puede con cálculos positivos probar que la ignorancia es la causa de todos los crímenes ó de la mayor parte de ellos. He aquí un cómputo hecho en Francia, que es una demostración palpable de lo que decimos.

De 7,604 individuos que comparecieron ante los tribunales en 1831, resulta que:

4,600 no sabían leer ni escribir.

2,407 solo sabían leer y escribir muy mal.

707 sabían leer y escribir perfectamente.

490 tenían una educación mas esmerada.

La instrucción primaria ha merecido siempre en España al gobierno y á la piedad de muchos particulares una atención preferente; pero es preciso confesar que este celo ha sido mas generoso que bien dirigido. Se han empleado muchos caudales en este objeto y sin embargo el objeto no se ha conseguido, ó no se ha sacado mas que un resultado aparente. De los datos que se han recojido últimamente resulta, que las escuelas del reino están con el número de habitantes en la relación de 1 á 750; que concurre á ellas $\frac{1}{17}$ de la población; que la relación entre el número de los que saben leer y el total de los habitantes, es la de 1 á 6, y la de 1 á 8 la de los que leen y escriben: que el número de maestros examinados de ambos sexos asciende á 3500, y á 10,500 el de los no examinados.

El primero de estos datos da desde luego idea ventajosa del estado de nuestra enseñanza primaria; porque en la Bélgica donde la instrucción de la niñez ha sido mirada con singular esmero, el número de escuelas y el de habitantes estaban en 1831 en la misma relación que hoy tienen en España; pero en aquel país el número de los concurrentes á las escuelas era entonces al total de la población como 1 á 11, cuando en España es de 1 á 17.

Sin embargo hay que desechar la halagüeña idea que la primera comparación pudiera hacernos concebir, y la segunda es mucho mas desventajosa de lo que aparece en las cifras.

El número de escuelas en todo el reino llega á 16 mil; pero «esta profusión de escuelas (dice el mismo gobierno en el preámbulo del proyecto de ley sobre instrucción primaria) no es mas que una apariencia engañosa. Dotadas mezquinamente la mayor parte en los primitivos reglamentos municipales, no habiendo sido estos de fácil renovación; no existiendo estímulos ni obligación para proveer á la infancia del saber que á todos es indispensable, y movidos muchos padres, ya por efecto de la pobreza, ya de la codicia, á sacar fruto inmediato de las ocupaciones de la tierna niñez; un sin número de maestros se ven en la precisión de dedicarse á otros trabajos para adquirir el sustento, abandonando el cuidado de la escuela, cuya existencia llega á ser absolutamente nominal. ¿Ni qué calidades podrán esperarse de unos hombres cuya profesion no les produce el preciso alimento? ¿Qué extraño es que los dos tercios de los que hoy existen no se hayan sometido á exámen? Y ¿qué es de esperar de ellos, sino la propagación de errores, ó una enseñanza tan leve y superficial que para nada sirve sino para ocupar el tiempo inutilmente? El niño que al salir de la escuela solo sabe reunir con dificultad los caracteres alfabéticos, y estamparlos laboriosamente en un papel, poco ó ningún fruto saca de la instrucción adquirida, y esto es lo que sucede á la generalidad de las clases pobres.»

Este cuadro nos presenta una triste realidad, que hace desaparecer las primeras ilusiones; y con efecto, el que haya tenido ocasión de examinar de cerca lo que valen la mayor parte de los maestros, no ya de pueblos cortos ó aldeas miserables, sino de muchas poblaciones grandes, no habrá podido menos de asombrarse al ver la profunda ignorancia que hay en ellos, y del poco fruto que se puede sacar de sus lecciones.

Una de las causas de este lastimoso estado en que se

encuentra la enseñanza primaria, es el no haber existido corporaciones especialmente encargadas de vigilarla y promoverla. Entregada exclusivamente al cuidado de los ayuntamientos, tenían estos otras atenciones que los llamaban mas poderosamente. Además, su objeto principal ha sido por lo general, mas bien que mejorar la enseñanza, tenerla muy barata: en los ayuntamientos siempre pugnaré el deseo natural de pagar menos con la obligación de atender á la prosperidad de un ramo cuya importancia conocen escasamente, sobre todo cuando se componen, como suele suceder con frecuencia entre nosotros, de concejales que no saben leer ni escribir. La individualidad que anima á estas corporaciones suele ser funesta á muchos de los objetos que les están encomendados; así como en los particulares suele serlo también á muchos intereses reales y atendibles. La instrucción se halla precisamente en este caso: en esta necesidad no es tan imperiosa como el comer, el vestir; porque en esto ya nada menos que la existencia; pero como al parecer no peligra la vida por no saber, se mira esta obligación con mas indiferencia, y el impulso propio no basta para buscar la enseñanza: por eso es preciso las mas veces que sea promovida por un impulso extraño que nazca de quien conoce toda su necesidad é importancia. Así en el proyecto citado anteriormente se adoptaban dos medidas dirigidas á remediar este vicio: el establecimiento de comisiones encargadas especialmente de fomentar la instrucción primaria, y la obligación impuesta á los padres de mandar á la escuela á sus niños; la primera atiende á corregir la indiferencia de los ayuntamientos, y la segunda la apatía individual de los mismos interesados. Sentimos que esta última obligación no haya sido aprobada; pero al fin habrá que adoptarla, como lo está en otros países. De todos modos es de esperar que la nueva ley dé un grande impulso á este ramo tan descuidado: y aunque el remedio es lento por su naturaleza, no dejará de sentirse en breve tiempo sus provechosos efectos.

A. G. y Z.

ARQUITECTURA.

V.

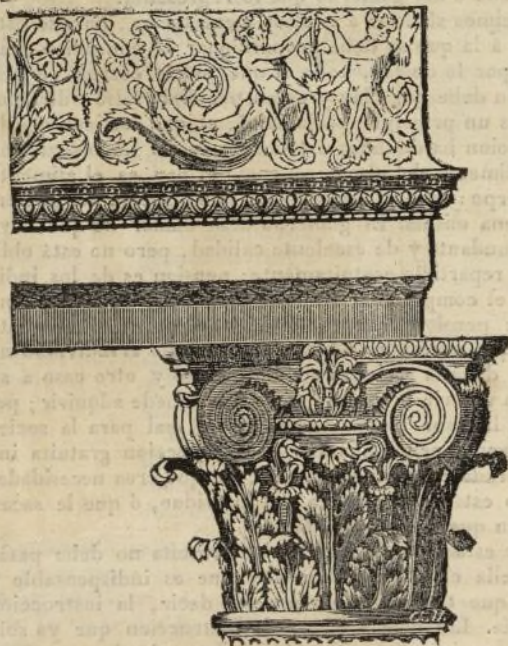
ORDEN COMPUESTO.

El orden compuesto, invención de los romanos, no se diferencia del corintio, según Viñola, sino en la forma de su capitel que proviene del corintio y del jónico. Sus dimensiones son por lo común las mismas que las del capitel corintio, del cual tiene el collarín, el tambor, las dos series de hojas y los cogollos; pero estos producen en vez de volutas una rosita. La parte superior del capitel se compone de un collarín, un cuartobocel, cuatro volutas, un florón y un abaco, en todo semejantes á los del capitel jónico moderno, menos en ser algo mas reducidos.

Fuera de los cinco órdenes de arquitectura expresados se llama orden rústico aquel en que las columnas y partes del cornisamento tienen varios adornos de mucha pesadez, que no pueden ser sostenidos sino por el toscano y el dórico; y se llama orden ático el sistema de pilastras y cornisamento con que se adorna la fachada de un piso pequeño que se levanta á veces sobre otro principal ó de un gran orden.

Los capiteles tienen por su posición diferentes nombres. Así se llama capitel angular, el que estando colocado en la esquina de una fachada sostiene un cornisamento que hace frente á dos lados; capitel mutilado, el que perteneciendo á una columna asentada, no tiene todo su desarrollo; capitel plegado al de una pilastra común á los dos lados de un ángulo reentrante.

La parte superior de un balustre, á la que se da comúnmente la forma del capitel de la columna propia del orden de la balaustrada, se llama capitel de balustre. El capitel es de una especie de nicho doble pequeño, de piedra, que en obras góticas cubre á una estatua delante de un nicho que no tiene la profundidad necesaria para contenerla. El capitel de linterna es la techumbre que termina la linterna de una cúpula; y en fin la cubierta movable de un molino, que gira sobre sí misma para exponer las aspas al viento, toma también el nombre de capitel.



(Capitel compuesto.)

Los cinco órdenes de arquitectura descritos, perfectamente apropiados á la benignidad del cielo y á la sencillez de costumbres de la Grecia, están lejos de satisfacer tan ventajosamente á las conveniencias de climas menos templados y á los hábitos y necesidades de las naciones modernas. Estas conveniencias diferentes y estas nuevas necesidades parece que debieran haber sugerido algún nuevo sistema de arquitectura análogo á ellas. Sin embargo no solo no se ha creado tal sistema, sino que cuantos esfuerzos se han hecho para modificar ciertos pormenores de los órdenes griegos no han producido nada de importancia. Lo que algunos autores llaman orden español, francés, alemán etc. no son mas que alteraciones mas ó menos oportunas de los tiempos primitivos: especies de órdenes compuestos, de los cuales ni uno solo iguala en belleza y buen gusto al orden compuesto romano.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.